

***TE. 33. El pecado original, el alma inmortal y el monacato.
A. T'Jampens, 11 de noviembre de 1968.***

Introducción: las grandes tendencias dentro de la Iglesia.

En la Iglesia, entre los teólogos, los sacerdotes, los laicos y también entre las hermanas, hay diferentes tendencias. Podemos resumirlas como sigue. Hay tres tendencias principales.

En primer lugar, está la hermana tradicional (en el sentido sano y no abusivo de la palabra). Crece con la mentalidad en la que fue educada, es decir, con una firme creencia en los dogmas, con un estricto sentido de la autoridad y de la norma, y con una determinada forma de vida ascética. Esta hermana no tiene los “problemas” e “incertidumbres” característicos de la hermana más moderna y joven. Su sistema nervioso suele ser mucho más firme y tiene toda la energía de su fe vocacional. Aunque suele ser de la generación mayor, las hermanas menores también son de este tipo y, de nuevo, entre las mayores se encuentran personalidades notablemente “modernas” y adaptables que parecen “jóvenes” y adelantadas a su tiempo.

En segundo lugar, está la hermana no tradicional y de mentalidad progresista. Suele pertenecer a la generación más joven. Se caracteriza ante todo por la emancipación o la liberación que caracteriza cada vez más a la humanidad actual. A diferencia de la hermana tradicional, que creía sin mucha reflexión y discusión personal, siendo sensible a la autoridad y al dogma, la hermana progresista está dispuesta a explorar el significado de la tradición y el dogma para la humanidad actual y para su vida personal. Casi siempre ha estado influenciada, directa o indirectamente, por la ciencia y la tecnología modernas. Dentro del segundo grupo, llamado progresista, encontramos dos matices muy diferentes.

El primer matiz hace especial hincapié en la adaptación al mundo; de hecho, aboga por una cierta secularización. Por ejemplo, quiere vestirse como la otra mujer no monástica porque cree que el carácter religioso de una persona radica ante todo en la solidez interior y en la autenticidad, en el testimonio de vida. Quiere evitar cualquier tipo de apartheid para involucrarse al máximo en el mundo actual.

El segundo matiz insiste en un cierto apartheid hacia el mundo. No hace hincapié en el hombre en el mundo actual, sino en una experiencia religiosa más profunda y muy personal, un nuevo contacto con Dios. Más de una vez ambos matices van, al menos parcialmente, de la mano. También hay muchos matices en el medio.

La Iglesia, los monasterios, deben ser capaces de demostrar a partir de ahora que pueden ser una comunidad abierta y genuina, tolerando que una misma gran y rica tradición sea interpretada, entendida y vivida de múltiples maneras. Todo ello sin que una tendencia tache a la otra de herética o infiel. Cuando una hermana aprende a aceptar a la otra como una interpretación igual de la única herencia, se sientan las bases para una vida comunitaria variada.

El “Credo del Pueblo de Dios” (30.06.68), formulado por el Papa, es básicamente muy tradicional con un barniz de renovación (aquí y allá expresiones, frases, tomadas de la nueva teología). Para un Papa, que tiene que encarnar la unidad de la Iglesia en medio de una multitud de tendencias, ésta es probablemente la única manera de hablar. Sólo puede hacerlo sosteniendo la doctrina clásica y dejando cierto margen de interpretación.

Antes de pasar al tema que nos ocupa, es necesario mencionar una tendencia particular dentro del grupo tradicional, la llamada tendencia integrista. Destaca especialmente el papel de los mediadores entre Dios y la gran masa de la humanidad. Toda la verdad, toda la autoridad, toda la interpretación viene de Dios y sólo a través de mediadores; éstos no son tanto los fundadores religiosos, los profetas o los místicos, como los mediadores oficiales (papa, obispos, sacerdotes).

El resto de la humanidad, los seguidores, en cierto modo no tienen contacto directo con Dios: deben obedecer a los mediadores, sí, deben ser obligados a obedecer si es necesario, y esto por todos los medios, religiosos y seculares. De ahí la apelación durante siglos al llamado “brazo secular” para llevar a grandes masas de personas a la obediencia. La tradición, la autoridad, el dogma y el ascetismo son tomados muy en serio por la hermana integrista. Y una conocida dureza caracteriza al integrista, que por cierto se encuentra en todas las iglesias y religiones, con el que muchos foráneos confunden religión y catolicismo.

Parte I: La doctrina tradicional del pecado original y sus interpretaciones.

El esbozo de los principales principios formulados más arriba era necesario para tratar nuestro tema, a saber, el pecado original, su relación con el alma inmortal, y ambos en su relación con la vida monástica. El único dogma del pecado original, el del alma inmortal, está abierto a varias interpretaciones. Partamos del texto papal sobre el pecado original.

El núcleo de la doctrina tradicional, formulada especialmente por el Concilio de Trento, dice lo siguiente: “Creemos que en Adán todos han pecado”. Así que por un lado está el pecado original (- el primer pecado de Adán) y por otro lado está el pecado original (- el pecado que viene con nuestros orígenes). Y la relación entre ambos es tal que hemos pecado “en Adán”, es decir, no con un pecado personal, es decir, un acto pecaminoso cometido en esta vida terrenal con nuestra conciencia terrenal actual, sino en “Adán”, en el primer ser humano o humanidad. Se habla así como si hubiera una identidad del autor: el primer pecado de Adán nos hace “nacer” pecadores. Después de todo, la explicación tradicional dice:

- (1) hay en cada uno de nosotros, desde el nacimiento, un pecado real;
- (2) cada persona, individual y personalmente, lo ha querido (no con la conciencia terrenal actual, sino “en Adán”, pero de tal manera que él mismo lo ha querido). La relación con Adán es doble:

(1) la voluntad de pecar inherente a Adán es la causa: el autor es Adán en conflicto con el orden y los planes de Dios;

(2) la descendencia biológica de Adán a través de nuestros antepasados designa el dominio dentro del cual ese pecado original se convierte en pecado original; en otras palabras, quien no nace biológicamente de la descendencia de Adán está fuera del dominio del pecado original y primero. Así, en resumen, la doctrina dice lo siguiente:

1 nosotros, es decir, cada uno de nosotros, que fue Adán quien pecó. Esta identificación de Adán y cada uno de nosotros es la arteria del dogma:

2 nosotros, es decir, cada uno de nosotros, en cuanto descendientes, biológicamente, de Adán. Una vez que se toman estas dos frases básicas como punto de partida, toda la doctrina tradicional del pecado primero y original puede deducirse de forma lógicamente pura. Así, se puede ver ahora por qué estamos discutiendo, junto con el pecado original, no sólo la descendencia biológica (esto indica el área, el territorio, en el que se sitúa el pecado original), sino también y en primer lugar el alma inmortal: para la voluntad pecaminosa, la deuda del pecado, el pecado en una palabra es obviamente la persona espiritual, es decir, el alma inmortal. Porque la voluntad pecaminosa, la culpa pecaminosa, el pecado en una palabra, es por supuesto inherente a la persona espiritual, es decir, al alma inmortal; y de tal manera que esta pecaminosidad original no está tan presente, si es que lo está, en la conciencia terrenal y ordinaria (a través del llamado pecado “personal”), sino en el subconsciente del alma inmortal.

Antes de describir con más detalle los efectos del pecado original y del primer pecado en nosotros, sobre la base del texto papal, observamos que este texto vincula directamente dos elementos principales de la doctrina tradicional con el pecado original y el primer pecado:

(1) “Creemos que nuestro Señor Jesucristo nos ha redimido por su sacrificio en la Cruz del pecado original y de todos los pecados personales cometidos por cada uno de nosotros. Los pecados personales son una extensión del pecado original, aunque representan una responsabilidad y una culpa separadas y nuevas. La encarnación con la muerte en la cruz y la redención no sólo se refiere a los pecados personales, sino ante todo al pecado original.

(2) “Creemos en un solo bautismo instituido por Cristo para el perdón de los pecados. Este bautismo también debe administrarse a los niños que no han cometido ningún pecado personal. Al nacer están privados de la gracia sobrenatural y, por lo tanto, deben renacer a la vida divina en Cristo mediante el agua y el Espíritu Santo”.

Resumiendo: (1) la redención (al menos en parte) y (2) el bautismo, el sacramento básico están en relación inmediata con la deuda original y, por tanto, con la primera deuda o pecado. Estos tres o cuatro elementos (primer pecado, pecado original, redención, bautismo) forman una coherencia interna, una llamada “estructura”.

Las consecuencias del pecado original.

Precisemos ahora las consecuencias del pecado original en nosotros: “En efecto, por el pecado original de Adán, la condición humana común a todos los mortales se ha hundido en un estado de decadencia con todas sus consecuencias: un estado muy

diferente del estado primigenio (=primero, original, inicial) de nuestros antepasados, su estado de santidad y justicia en el que el hombre no conocía ni el mal ni la muerte”. Así lo dice el texto papal. Existe, pues, una relación directa entre el pecado primitivo y original, por un lado, y

(1) el mal (es decir (a) pecados personales y

(b) el sufrimiento o la decepción física y espiritual) y

(2) la muerte. Esta relación también pertenece a la coherencia (o “estructura”) que hemos indicado anteriormente. Así se ve la gran importancia estructural de la doctrina del pecado primordial y original: toda la literatura dogmática de la Iglesia está directa o indirectamente relacionada con ella.

El Papa continúa describiendo las consecuencias: “Lo que todos recibimos es precisamente esta humanidad:

1) Completamente degradado, privado de la gracia que una vez fue suya;

2) Dañado en sus habilidades naturales;

3) sometido al dominio de la muerte. En este mismo sentido, cada uno de nosotros nace en pecado”.

A continuación, el Papa volvió a resumir: “Con el Concilio de Trento confesamos, en definitiva, que el pecado original se transmite al mismo tiempo que el ser humano, “no por imitación, sino por procreación”, y que, por tanto, es “inherente a todos”. Como ya se ha dicho, “a través de la procreación” no debe entenderse en el sentido de que el pecado original es ante todo una cuestión biológica - hereditaria; no, el pecado original se sitúa ante todo en el alma espiritual, inmortal: la palabra “pecado original” se utiliza para describir el alma de cada uno de nosotros, no en su vida consciente ordinaria, sino en su parte subconsciente. La vida consciente del alma procede bajo la influencia de este estado de pecado original en las profundidades del alma, y la vida biológica refleja las consecuencias. Así, “procreación” designa:

1) el ámbito en el que se encuentra el pecado original y

2) lo contrasta con la “imitación”, que reduciría el pecado original a un pecado personal, cualquiera que sea, en lugar de situarlo en Adán.

En otras palabras, en las profundidades de nuestro subconsciente encontramos una culpa que, en esencia, coincide con la de Adán, el ser humano del principio de la historia sagrada.

Las diferentes interpretaciones.

Volvamos por un momento a la descripción de las consecuencias: “totalmente arruinado, privado de la gracia (...), herido en sus facultades naturales, sometido al dominio de la muerte”. Esta descripción suena sombría y pesimista. En concreto, significa que durante el parto, por ejemplo en casa de una madre, la persona que nace es un pecador o una pecadora. Desde el momento de la concepción en el vientre de la madre, en el juego amoroso de los padres, está el pecador o la pecadora. Esta formulación suena dura. Cabe añadir dos observaciones.

La primera está relacionada con la interpretación integrista de la culpa original y sus consecuencias. Insta a este lado sombrío y pesimista: las grandes masas del pueblo,

“totalmente decaídas”, “heridas en sus capacidades naturales”, deben por tanto, razona el integrista, ser forzadas a establecer fuertes vínculos eclesiásticos y sociales por parte de la autoridad. Por encima de todo, la iniciativa personal (el pensamiento y la acción independientes, la emancipación), la materia, el cuerpo y la sexualidad deben ser frenados a fondo por un sistema estricto y duro en el que se combinan la religión y el “brazo secular”. La pecaminosidad primordial, hereditaria y personal, siempre se martillea en la predicación y se transforma en una profunda culpa. Pablo, Agustín y Lutero no se libran aquí. Esto explica el estricto ascetismo de la tradición integrista.

¿Cómo se debe juzgar? En primer lugar, el integrismo no debe identificarse con la tradición religiosa y católica: el mensaje “bueno” de la Escritura, incluso del Antiguo Testamento, toda una serie de Padres de la Iglesia, toda una tradición teológica (por ejemplo, la veneración del Sagrado Corazón) han puesto de relieve de tal manera que se ha hecho justicia a lo positivo en el hombre (en cuanto a la vida personal, física y erótica). Y más aún: si la sombría severidad llega hasta el punto de ensombrecer la alegría de la Buena Nueva del cristianismo, entonces hay una certeza absoluta de que se abandona la pura doctrina católica para acabar en su interpretación integrista.

La segunda observación enlaza con la protesta contra toda la coherencia (o estructura) “1) el pecado original, hereditario y personal; 2) la muerte por redención; 3) el bautismo de niños; 4) la corrupción y la herida de la naturaleza humana”. Entre las tendencias progresistas, encontramos la llamada teología progresista, que, pensando de forma muy humanista y evolucionista, aboga por un optimismo fuertemente acentuado, si es necesario de tal forma que con el pecado primigenio y original se liquida y rechaza toda la coherencia descrita anteriormente, quizás no siempre teóricamente pero al menos prácticamente. Esta teología progresista “interpreta” con tanta libertad que cabe preguntarse qué queda del cristianismo tradicional tras la liquidación del dogma del pecado original y primitivo. Sin embargo, la protesta progresista, que por cierto recuerda bastante a Teilhard de Chardin y también a Marx y similares, es comprensible: la explicación integrista del pecado primigenio y original es, en efecto, tan sombría y severa que era de esperar una protesta del lado optimista.

Así, ya estamos en medio de diferentes interpretaciones del único dogma. Se puede ver claramente que las principales tendencias, brevemente esbozadas en la introducción, están definitivamente en funcionamiento aquí. Por eso era tan necesario este boceto.

Mencionemos de paso la interpretación protestante que sitúa el pecado original en el “mal deseo”. Quienes limitan el pecado original a todas las tendencias y expectativas pecaminosas, conscientes o subconscientes, presentes en el hombre, sólo hablan de las consecuencias del pecado original, no del pecado original en sí (“todos pecamos individualmente 'en Adán'”). Prácticamente todas las interpretaciones, incluso ahora aquí en Occidente, cometen este profundo error de pensamiento. La vieja teología, muy sensible a la tradición y a la autoridad, dice:

“Este es el dogma formulado por el Concilio: la fe en la obediencia reverente. Pero esto convierte muy fácilmente el dogma en un misterio ajeno a la vida, que aceptamos

con asentimiento racional, pero que es fundamentalmente ajeno a nuestra vida personal de pensamiento y acción.

La nueva teología no sabe, fundamentalmente, qué hacer con el dogma actual, por lo que se limita a las consecuencias del pecado primigenio y original, o a puntos relacionados o auxiliares. Sin embargo, tiene la gran ventaja de que quiere comprender y experimentar la tradición de forma actual y personal: el pensamiento personal y desprendido que se adentra conscientemente en el valor vital del dogma, es su gran fuerza. Veamos cómo, a grandes rasgos, se entienden ahora el pecado original y la culpa original.

La primera explicación del pecado primitivo y original que estamos discutiendo ha venido en las últimas décadas de la India y sus religiones (hinduismo, budismo, dzhainismo) y tiene un número creciente de adherentes en Europa. También muchas religiones primitivas se adhieren a esta interpretación de un modo u otro. Se produce en el marco general de la creencia en la animalidad del universo. En particular, el alma inmortal del ser humano está en el centro. Esta alma está sujeta a una larga historia de formación que no puede completarse en el espacio de una vida terrenal. De ahí la reencarnación (o reencarnación), si es necesario varias veces, de una misma alma espiritual hasta que esté suficientemente formada intelectual y moralmente.

La etapa inicial de ese proceso de aprendizaje largamente enterrado es la humanidad primitiva (“Adán” entendido como el conjunto de la “primera” humanidad) que era inexperta y pecadora. De ahí los nuevos nacimientos con fines de expiación: al sufrir las consecuencias de su propia existencia defectuosa y pecaminosa en el más allá y en las siguientes vidas terrenales, el alma inmortal del hombre toma conciencia de su condición y se desarrolla como un ser superior. Así, los reencarnacionistas son capaces de dar una interpretación que toca directamente el núcleo de la doctrina del pecado primitivo y original y toda su coherencia: nosotros.

Ahora, en el pasado, vivimos en la edad primitiva de la humanidad (“en Adán”); nosotros, ahora, según el núcleo del alma inmortal, somos idénticos a las personas de esa edad primitiva, aunque tengamos un cuerpo diferente y una civilización distinta; así, nosotros, con el núcleo inconsciente del alma inmortal, somos culpables: Nosotros mismos cometimos el pecado original en aquel momento y, por lo tanto, somos pecadores y fornicarios ahora, desde el momento de nuestra concepción y nacimiento; reprimido, en la reencarnación en las profundidades subconscientes de nuestra alma inmortal, este pecado original se manifiesta en la lujuria maligna, la ignorancia y todo tipo de consecuencias impías que indican que debemos ser redimidos por una vida ascética y mística en contacto con las deidades o la divinidad.

Sin embargo, esta explicación reencarnatoria ha sido rechazada repetidamente por la Iglesia, por lo que hay que buscar en otra dirección.

***También hay todo un grupo de explicaciones occidentales.
Elegiremos dos de ellos.***

La primera es la explicación evolutiva. Tanto desde el punto de vista biológico como cultural, la humanidad actual ha evolucionado a partir de lo anterior y de lo primitivo y prehistórico. En cualquier caso, la humanidad actual ha evolucionado desde el reino animal (en torno o al lado del mono), desde un nivel inferior, animal, hasta un nivel superior, humano. La herencia, ante todo biológica, hace que el niño se remonte a sus padres y antepasados en un grado muy alto: los rasgos de carácter, los deseos naturales, los rasgos fisiológicos y anatómicos lo demuestran. Los rasgos del mal también se heredan. Nuestra civilización también ha evolucionado culturalmente a partir de las civilizaciones anteriores de menor a mayor: así se ha creado una tradición cultural que, además de su “bien”, también ha dejado su legado de maldad: las guerras, la sensualidad, etc. caracterizan a la humanidad “decadente” que es tan solidaria con sus contemporáneos (sincrónicamente) y con sus antepasados y descendientes (diacrónicamente).

Esta solidaridad biológica y cultural puede interpretarse como el pecado original. Esta presentación, tomada aisladamente y como pura descripción, no es incorrecta; sin embargo, no explica el núcleo del dogma del pecado original, a saber, la estrechísima relación (de identidad de la culpa) con el pecado original (“nosotros, individualmente, pecamos en Adán”). Hasta aquí la explicación evolutiva.

La segunda explicación es la explicación existencial: al principio de la historia de la humanidad, hubo un hombre o una mujer, o preferiblemente un matrimonio, que fueron los primeros seres humanos reales (o seres humanos). En este sentido, la explicación existencial se basa en la teoría de la evolución (es decir, respecto a la hominización). Se posicionaron en contra de la palabra revelada de Dios con plena libertad y responsabilidad: no respetaron los mandamientos divinos. De esta forma, han pecado y han dado ejemplo y creado una tradición para las siguientes generaciones, que se reproducirá con la herencia biológica y cultural.

De nuevo, la misma observación: en sí misma y como pura descripción no es incorrecta, pero no es una explicación del pecado original en su estricta relación con el pecado original (“nosotros, cada uno de nosotros, pecamos en Adán, no por pecado personal, dentro del linaje biológico de Adán”).

Hasta aquí, dos explicaciones de otros tantos, muy abreviadas.

Resultado: más misterio que nunca. Dejamos a un lado la presentación concisa del dogma (sus elementos y su coherencia) así como las explicaciones.

Parte II: La decepción y su tratamiento.

a. La decepción: una experiencia humana general.

Pasamos ahora a una experiencia humana común, a saber, la decepción (o frustración), y su asimilación, para encontrar en su trasfondo el dogma del pecado original, por muy vago que sea. De este modo, nos comprometemos con una nueva

teología, pues nos relacionamos directamente con nuestra propia experiencia y la iluminamos desde el punto de vista del dogma, que se convierte así en algo más que un puro misterio simplemente creído en la obediencia: el dogma se convierte en un elemento de nuestra vida.

Las ciencias humanas (conflictología).

Sin embargo, la experiencia profundamente humana del error de cálculo y su procesamiento se describen de manera científica. Las ciencias humanas actuales, especialmente la psicología o ciencia espiritual, son una nueva explicación de nuestra existencia al lado de la Biblia, al lado del dogma y del ascetismo; son de una gran precisión y como tales muy valiosas. La rama que se ocupa de la decepción y su reacción se denomina conflictología (o psicología situacional): describe la naturaleza del conflicto (es decir, la contradicción) entre el ideal (nuestras expectativas inconscientes y conscientes con las que nos adentramos en la vida) y la dura realidad que nos decepciona y equivoca. Vemos que el problema del sufrimiento está en el centro: el hombre sufre física y mentalmente. Esto es un conflicto para él, un problema con el que tiene que lidiar. Allí experimenta que esta tierra y esta vida no son el paraíso: esta decepción adopta muchas formas. diferentes de una persona a otra; pero el sufrimiento, la decepción y el aprendizaje de la gestión del sufrimiento y la decepción es el núcleo general de la conflictología.

Yale: La “frustración - reacción” - coherencia.

En primer lugar, hay que señalar que, según la escuela de Yale, una universidad estadounidense, el hombre experimenta el error de cálculo como un estímulo especialmente fuerte al que no suele ser indiferente. Los principales tipos de reacción a la frustración son :

(1) la resignación sorda (como la de una serie de pueblos primitivos que aún no viven de forma suficientemente personal y ambiciosa como para sentir el error de cálculo con intensidad): es básicamente inercia o inmovilismo;

(2) la agresión, es decir, la ira o el disgusto, que actúa de forma ofensiva hacia la causa de la decepción (nos enfadamos cuando calculamos mal, por ejemplo)

(3) la reacción neurótica; es decir, empujamos nuestro disgusto al fondo de nuestra vida anímica, pero sin haberlo procesado y superado real y efectivamente, lo “olvidamos” por el momento, pero funciona, a través de la herida que dejó en nuestra sensibilidad, inconscientemente y colorea, sí, envenena nuestro comportamiento: en esencia, no hemos olvidado ni perdonado;

(4) el sacrificio, es decir, la aceptación sólida e interiormente pacífica de la decepción en aras de motivos y razones religiosas más elevadas.

Estas cuatro posibles reacciones presuponen, por supuesto, que la decepción no se sortee de tal manera que nuestras expectativas se hagan realidad después de todo. Uno ve que, en última instancia, sólo el sacrificio es la respuesta correcta y adecuada a una decepción; pero que el procesamiento de la decepción es a menudo primero agresión y/o represión y/o lentitud, antes de convertirse en puro sacrificio. El sacrificio es una respuesta “difícil” a la frustración; las otras respuestas son “más fáciles”.

Harvard: El doble tipo de procesamiento de la frustración.

Examinemos ahora brevemente la frustración y la crisis que provoca, como ha hecho la Universidad de Harvard, a la luz de lo anterior. Inmediatamente veremos cómo el hombre es formado y llevado a la madurez por Dios.

La Universidad de Harvard comenzó estudiando las reacciones de las mujeres cuyos hijos nacieron prematuramente. Se observaron dos tipos de reacción completamente diferentes:

- (1) la reacción de las mujeres responsables que querían superar el error de cálculo.
- (2) la reacción de las mujeres “huidizas” que intentaron escapar de esta dura experiencia.

El primer tipo era muy triste. Eran muy conscientes del peligro que se cernía sobre ellos... Se sentían asustados, ansiosos, inseguros. No tenían apetito para comer, dormían mal, se sentían cansados si era necesario. Estaban tensos, incluso irritables, o melancólicos o incluso malhumorados. En resumen: todas las características de alguien que está atravesando una “crisis” (es decir, un momento difícil). Hablaron largo y tendido con su marido y su familia sobre sus preocupaciones. Querían ser informados de forma exhaustiva y precisa, y molestaban a los médicos y enfermeras con preguntas. Querían ver a su hijo, aunque les dijeran que podría ser una experiencia desagradable.

En una segunda fase, cuando el peligro para el niño había pasado y ellos mismos volvían a casa, se ponían inmediatamente a trabajar para preparar todo para el bebé. Mientras tanto, visitaban a su hijo con regularidad y recibían información para saber cómo cuidarlo mejor. Pidieron ayuda a otras mujeres (madre, tía, burin).

El segundo tipo reaccionó de manera muy diferente. Estaban mucho más tranquilos: no pedían nada más que les dijeran los familiares, los amigos, los médicos, las enfermeras que “todo estaba bien”. Lo único que

Lo único que a veces les hacía cosquillas a estas mujeres era la cuestión de la culpa, de la causa: ¿Cómo pudo ocurrir algo así? De todos modos, ¿de quién fue la culpa? Tampoco expresaron sus temores.

En la segunda fase, cuando el niño estaba fuera de peligro, veían en él la confirmación de la frasecita que siempre había dominado su interior: “¡No es tan malo!” o “En realidad, no hay nada malo”. No consideraron necesario informarse sobre sus necesidades especiales.

Observemos ahora el resultado entre seis y diez semanas después de la llegada del niño a casa:

El primer tipo, que había querido enfrentarse a la realidad, a los hechos, y por lo tanto reaccionó con miedo, pero hizo algo activamente para enfrentarse a ellos, había salido bien parado. Dieron la impresión de haberse fortalecido interiormente: al fin y al cabo, habían aprendido a afrontar los errores de cálculo. Ellos mismos, toda la familia

parecía estar preparada para cualquier nueva dificultad. A menudo, las relaciones familiares eran mejores que antes del nacimiento del bebé.

El segundo tipo, que había experimentado la misma realidad, los mismos hechos duros, pero que intentaba encubrirlos, ocupándose lo menos posible de ellos, y pretendía que el error de cálculo no tuviera importancia, era en esta etapa la causa de las actitudes inadecuadas hacia el bebé cuyo cuidado no habían preparado: lo descuidaban o lo mimaban con cuidados excesivos, lo que provocaba trastornos en el desarrollo de ese bebé. No habían desarrollado la capacidad de adaptación y la voluntad y el coraje para hacer frente a las dificultades de la vida, sino que evitaban los problemas cotidianos. Las relaciones familiares se habían deteriorado: los miembros de la familia discutían mucho y se enviaban acusaciones todo el tiempo. Estas mujeres utilizaron su energía para culpar a determinadas personas o grupos (por ejemplo, las enfermeras) de las dificultades sin afrontar su propia responsabilidad; o bien desarrollaron síntomas neuróticos (necesidad excesiva de dormir, dolores de cabeza, dolores musculares, molestias estomacales) y gastaron su energía en ello en lugar de resolver las dificultades.

La conclusión de una serie de estudios sobre las reacciones ante las dificultades, los errores de cálculo (la muerte de un hijo, la pérdida de un empleo, una operación pesada, una incapacidad laboral, una enfermedad, los primeros meses de matrimonio, etc.) ha demostrado que el doble tipo de reacción descrito anteriormente se observó en todos los demás casos con pequeñas diferencias: Las mismas frustraciones y crisis evocan en algunas personas las energías más sorprendentes e inesperadas y tienen un efecto formativo (un adolescente rebelde se convierte en un joven responsable; una joven infantil se convierte en una joven madre ideal); en otras sólo evocan impotencia, huida, neurosis, maquinaciones (una alegre ama de casa se derrumba; un hábil oficinista se hunde bajo el peso de su carrera). Los resultados de las ciencias humanas actuales nos interesan a todos, incluidas las hermanas, por su carácter fáctico.

b. La decepción de la existencia de la mujer del convento.

Seamos concretos: ¿cómo reaccionan las hermanas que calculan mal? Pueden dividirse en dos grandes clases. Esto se ha establecido científicamente. Pueden comprobar con ellos mismos, con otros, cómo afrontan las dificultades del convento, a qué tipo pertenecen. El día que los ideales conscientes y más aún los inconscientes del noviciado no se hagan realidad, pueden reaccionar de dos maneras:

(1) pueden querer enfrentarse a la victoria de esta frustración, atreverse a hacerlo y ser capaces de enfrentarse a ella por un fuerte sentido de la responsabilidad, o

(2) dejándose llevar, entristeciéndose y amargándose, buscando culpables fuera de sí mismo, apartándose del verdadero problema en su maldición o reprimiéndolo y volviéndose neurótico. Este estudio científico constituye una excelente guía para el examen de conciencia: es un verdadero “espejo confesional”.

c. La incapacidad laboral como frustración.

Seamos aún más concretos y diseccionemos un modelo de crisis monástica mediante unas cartas de una hermana que lucha contra la incapacidad laboral. Citamos :

“¿Por qué desde hace algún tiempo me resulta tan difícil escuchar o ver la miseria y las necesidades de los pacientes? En el pasado, antes de quedar incapacitado y sobrecargado de trabajo, era capaz de afrontarlo bien. Ahora, sin embargo, es completamente diferente: incluso me enfermé recientemente mientras trataba una lesión. No es que no me guste dedicarme a la enfermería, ni que no entienda a la gente: yo también he sufrido mucho. Pero no puedo soportarlo más”. Estas palabras describen el grado de sobrecarga y agotamiento de la enfermera.

Pero escuchemos ahora una segunda decepción mucho más profunda: “He perdido el valor: siempre estoy pensando en que ya no puedo hacer frente a mi trabajo. A menudo pienso en el hecho de que ya no podré hacer un determinado trabajo. ¿Y entonces qué? En este momento, no puedo imaginarme haciendo otro trabajo. No voy a preocuparme por ello. No quiero preocuparme por eso. Pero... es tan difícil cuando uno no puede seguir el ritmo de todo el grupo en el monasterio. Sufro mucho por ello”. Se siente el problema estrangulador de la incapacidad de trabajar, del apego al único trabajo realizado durante años y con el que la hermana está enredada.

Después de que se le indicara que tenía que aprender a superar esta decepción aceptándola como un sacrificio en lugar de insistir en ella y buscar culpables y verse a sí misma como la víctima, resultó que el daño era aún más profundo que el descrito anteriormente.

d. La relación humana como frustración.

A la incapacidad de trabajar se sumaron las negativas y decepcionantes relaciones humanas. Estas eran dos:

(1) el médico con el que la hermana había trabajado durante más de veinte años ni siquiera había venido a saludarla en todo ese tiempo: esta ingratitud humana fue muy dura para ella;

(2) Más decepcionante aún fue la actitud de algunas compañeras que insinuaron que su incapacidad no era real. Y añadió la muy amarga observación de que esta sospecha de irrealidad y comedia es la primera reacción en un convento cuando una hermana está enferma o incapacitada. Este desamor, quizá no siempre calculado y consciente, ha asestado en cierto modo el golpe definitivo a su ya maltrecho espíritu. Esta dureza fraternal le había causado una herida más profunda que la propia incapacidad laboral.

e. Alienación y frustración.

El resultado de 1) la incapacidad para trabajar y 2) las decepcionantes relaciones humanas, es decir, el error de cálculo, fue un profundo aislamiento. Este es quizás el núcleo de la frustración. Alguien que está profundamente afectado se siente solo. Esto es tanto más grave cuanto que la persona afectada casi siempre protesta inconsciente o conscientemente contra la política de Dios y se debate con la cuestión de cómo se puede conciliar esta frustración con la supuesta bondad de Dios. La persona afectada se siente abandonada, traicionada y abandonada por Dios. De ahí la soledad. Recuerda a las palabras de Jesús en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? También el hombre de Dios ha experimentado a fondo la decepción, a pesar de que el carácter de sacrificio de su vida era primordial. Estas relaciones humanas negativas plantean el problema

(1) del verdadero amor, que no piensa primero en las exigencias morales al acercarse al prójimo, sino en la elaboración (la llamada “integración”) y la búsqueda del alma;

(2) la comunidad monástica que, bajo la delgada superficie de una vida comunitaria, cubre a múltiples personas solitarias.

Este problema de la soledad es aún más estrangulador para la monja porque es y sigue siendo una mujer. Esta naturaleza femenina está en sintonía con el contacto íntimo con el otro en tres grados: es:

(1) con necesidad de aprecio (una palabra de elogio de un médico, un inspector o una autoridad actúa como un fuerte estímulo para el valor de vivir);

(2) necesidad de afecto (incluso las hermanas aparentemente frías, que se identifican con las normas y el ascetismo, traicionan esta necesidad de afecto una y otra vez en alguna zona oculta);

(3) una necesidad de complemento erótico (la sensibilidad hacia el hombre y la intimidad con él y con el niño revelan no una necesidad de sexo, sino de una comunicación más profunda con el otro, y esto es particularmente exitoso con el sexo opuesto: esta es, en mi opinión, una de las grandes lagunas de la virginidad monástica, especialmente ahora que el contacto con el llamado “mundo” se ha vuelto más directo),

Pues bien, nunca es tan fuerte esta triple necesidad de contacto como cuando se produce la frustración y la soledad:

1) el verdadero amor que quiere comprender en lugar de juzgar, y

2) una vida comunitaria más elaborada que crea espacio para el aprecio, el afecto y el contacto más profundo con el otro (en la amistad no privada, por ejemplo), se encuentran entre los desideratos de la frustración - victoria: de la agresión (es decir, la rebelión amargada y el fastidio) y la neurosis (es decir, el aparente olvido y el perdón por la represión sin realmente procesar en profunda paz interior) la reacción evoluciona hacia el verdadero sacrificio, no tanto sobre la base de la ascesis heroica y la energía, sino en un clima de amor y contacto más profundo.

f. Y aquí es necesario señalar la pronunciación de los problemas.

La verdadera comunidad no se calla: es tal que los expresa, los discute. De este modo, se levanta el aislamiento y la presión interior. Y se promueve el pensamiento. Muchas mujeres, muchas hermanas, no expresan suficientemente lo que les preocupa y les apremia: esta ocultación agrava los problemas porque encubre la impotencia y la huida. Evitan las dificultades, posponen el afrontarlas y, con estos problemas sin resolver, van al encuentro de los nuevos. Esto explica por qué, un día, en lugar de hablar, discutir, una hermana “explota”: la acumulación de antemano preparó esta explosión. Y también la impaciencia, es decir, la explosión tan típica de la falta de resolución de los problemas, surge de la falta de resolución y de la acumulación. La verdadera comunidad se enfrenta a los hechos reales: por eso los expresa.

Ahora entendemos las palabras de la citada hermana en una carta posterior: “Intento hablar mucho con Dios. Le confío mis problemas en la medida de lo posible; pero también debe haber un hombre en tu vida al que puedas contarle todo, con el que puedas ser tú mismo. Un poco más allá: “Tengo mucha necesidad de alguien que me entienda. Solíamos estar bajo demasiada presión; no se nos permitía amar a la gente. ¿Y quién puede vivir sin amor?”

Las “frases interiores” de la frustración (descomposición del lenguaje).

El análisis de la vida interior de la hermana también ha mostrado la gran importancia de las llamadas “frases interiores”, es decir, aquellas frases o exclamaciones (normalmente pequeñas) que surgen espontáneamente en nuestro interior. Por ejemplo, cuando veía a una compañera que le resultaba muy antipática, le decía “¡Esa fea! Así, por ejemplo, las conocidas frases preocupantes: “Aquí no me entienden...” o: “Así es el convento”, etc.

El examen de la conciencia empresarial, así como el análisis de la vida espiritual, concede gran importancia a esas frases interiores que delatan nuestros pensamientos y sentimientos más íntimos: en ellas nos conocemos a nosotros mismos. Es ahí donde exponemos lo que nos decimos a nosotros mismos (“Sólo tengo eso” o “No tengo nada” o “No tengo a nadie”) o donde nos dejamos llevar (“No me queda nada por hacer...” o “¿De qué sirvo ahora? “). La pastoral y la formación pertinentes de las hermanas deberían, sin duda, tener mucho más en cuenta el llamado análisis del lenguaje, es decir, la disección de la sintaxis, el significado y la intención (a menudo secreta e inconsciente) de estas palabras y frases interiores. Este es otro elemento valioso del pensamiento moderno y de la investigación científica que puede ponerse a disposición de la pastoral de las Hermanas, además de las ciencias humanas ya mencionadas.

El efecto descorazonador 1) de la decepción y 2) en particular de las pequeñas frases lo inicia la hermana al discutir las. Un poco más tarde, escribió: “Desde luego, no se me permitirá volver a aceptar tanto trabajo. Lo siento. Y quiero crecer más allá de mi decepción. No será fácil: soy muy consciente de ello. Tendré que renunciar a la mayor parte de mi trabajo: ahí es donde sigo atascado. Espero que Dios no me abandone. Haré de ello mi gran sacrificio en la medida en que pueda”.

g. El juicio de Dios y cómo afrontar la decepción.

Comparemos ahora el tratamiento de una decepción con el doble resultado, señalado por Harvard, con lo que la Escritura nos dice sobre el juicio de Dios.

San Pablo (Gálatas 6:7-10) describe brevemente el modo en que Dios juzga a las personas, al tiempo que responde a la objeción de que Dios a veces envía a las personas buenas grandes sufrimientos, mientras que las personas malas suelen tener lo que desean. De esto se puede concluir que Dios se deja burlar porque el curso de este mundo no está regulado según la justicia. El texto dice :

“Dios no será burlado. Todo lo que el hombre siembra, también lo cosechará. El que siembra en la carne, cosechará corrupción de la carne; pero el que siembra en el espíritu, cosechará vida eterna del espíritu”. Carne” significa la pobre humanidad; “espíritu” significa el principio inspirador divino de nuestro ser interior. San Pablo formula aquí una ley: la ley de la “siembra-cosecha”, que rige la vida. Lo que el hombre siembra mientras vive, a través de su comportamiento, también lo cosechará, es decir, en su alma inmortal, que se forma mientras actúa de esta o aquella manera.

Este proceso de aprendizaje o historia de la formación se sitúa, pues, más bien en lo invisible. Porque el alma espiritual está formada por los pensamientos, sentimientos y elecciones que se fijan en ella en forma de hábitos y recuerdos. Esta formación ya tiene un efecto durante esta vida terrenal: quien pone su mente en el engaño o la impureza, crece hacia ella y engaña o es impuro, a la larga, de forma compulsiva. Sin embargo, esta formación tiene un efecto mucho más pronunciado después de la muerte: junto con el alma inmortal, el hombre lleva consigo esta formación o deformación a la otra vida. De esta formación depende su idoneidad para vivir en íntima amistad y cooperación con Dios. De este modo, el hombre crea su propio juicio, es decir, sufriendo las consecuencias del proceso de aprendizaje que él mismo adquiere. El que vive una vida pobremente humana, crece en ella y “cosecha” antes y sobre todo después de la muerte lo que ha sembrado en la pobre humanidad.

Sin embargo, quien supera esta pobre humanidad a través del espíritu, es decir, respondiendo al poder inspirador divino en su alma, “cosechará la vida eterna” en todo silencio incluso antes de la muerte, mucho más claramente después. Desde la enseñanza sobre el árbol de la vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal (Gn. 2:9; 2:17; 3:16) en la primera página de la Escritura, la tradición enseña constantemente esta doctrina básica: el juicio de Dios (es decir, la forma en que emite su juicio de valor sobre su comportamiento y lo desplaza) sigue la estructura de un proceso de aprendizaje o historia de formación, cuyo núcleo consiste en poner a prueba la libertad humana. (Deut.

30:15/18; 1 Reyes 3:9 14, cf. Sabiduría 9:1 18; Isaías 5: 20/24, Amós 5: 14/15; especialmente Eclesiástico 15: 11/17).

El Eclesiástico dice así: “Desde que Dios creó al hombre en el principio, lo ha dejado a su propio entendimiento (...) Ante el hombre está la elección entre la vida y la muerte: se le da todo lo que desea” Ecc. 15: 14,17). Esta doctrina básica, por una parte, reconoce plenamente la libertad sin precedentes del hombre; pero, por otra, subraya la ley de la siembra a la que está sometida esta libertad: ambas se encuentran en el hecho de que Dios ha concebido su juicio de tal manera que el propio hombre construye su propio juicio (“se le da todo lo que desea”) al experimentar en su alma inmortal las consecuencias de sus propios actos.

De este modo, Dios es increíblemente justo: cada uno construye su propio futuro, su propia eternidad, y sufre los resultados de su propia libertad. Y esto no sólo espiritualmente, es decir: según el alma inmortal, sino también físicamente:

“Porque llega la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz; los que han hecho el bien saldrán a la resurrección para la vida, y los que han hecho el mal a la resurrección para el juicio” (Juan 5,28). La doctrina tradicional de los extremos (el cielo, la resurrección en la gloria; el infierno, la resurrección sin glorificación; el purgatorio, representado por las personas que aún no se han formado suficientemente: Dios da tranquilamente tiempo para revisar y actualizar la historia de la formación y sus consecuencias) se basa en la relación firmemente establecida de la libertad y la recompensa interior por las propias acciones. Es una consecuencia directa de la doctrina básica explicada anteriormente.

Ahora bien, está claro que 1) el doble resultado de la decepción en la formación de la personalidad humana y de las relaciones humanas y 2) el doble resultado del juicio de Dios apuntan al proceso de aprendizaje fundamentalmente idéntico en el que están implicados todos los seres humanos. De modo que la ciencia humana moderna y la antigua revelación bíblica se encuentran aquí. Para la hermana contemporánea, esto es una luz para la orientación de su vida: ya sea en la clínica o en el cuidado de los ancianos; ya sea en la enseñanza o en la pastoral; ya sea en las tareas que forman la infraestructura de estas actividades, - cada hermana siempre está en ese gran acontecimiento de la formación y es el testigo silencioso y el compañero de sus compañeros y compañeras que también están situados en él.

Aquí encontramos la gran unidad en la gran diversidad de las actividades de las mujeres monásticas. Entre otras cosas, y muy especialmente, toda la ascesis, es decir, la construcción de las cualidades necesarias para la intimidad y la cooperación con Dios, en la medida en que implica una revisión del ser humano natural, no formado, se construye sobre esto: por ejemplo, quien se entrega repetidamente al mal humor sin controlar las fluctuaciones de la mente demasiado natural, se queda atascado en ese mal humor; se funde con su vida anímica, y así trae consigo una incapacidad para cooperar íntimamente con Dios.

Parte III: La relación entre el pecado original y la decepción.

¿Qué tiene todo esto que ver con el pecado original?

El pecado original y el juicio de Dios.

El procesamiento de la frustración es un elemento clave decisivo en el juicio de Dios. Eso ya está claro. Sin embargo, el pecado original y sus consecuencias son en sí mismos una aplicación del juicio de Dios: al pecar “en Adán”, el ser humano ha fracasado en el plan de Dios de formarlo en completa libertad; por tanto, el hombre pecador original sufre las consecuencias de sus actos (al fin y al cabo, según el dogma, pecamos en Adán). Lo que la humanidad sembró “en Adán” lo cosecha en el llamado pecado original y sus consecuencias descritas anteriormente. De este modo, se “abren” los ojos de esta humanidad pecadora original que era culpable del pecado original “en Adán”, al igual que los ojos de Adán y Eva al principio de la historia de la salvación. La llamada apertura de los ojos, es decir, la toma de conciencia de la propia situación, es el significado positivo del pecado original para la humanidad actual. En esa percepción -dolorosa-, en esa iluminación sobre la base del sufrimiento y la decepción, reside un nuevo impulso para la revisión del primer y original pecado. Lo describiremos con más detalle.

La frustración. resp. el pecado original y el juicio de Dios.

El hecho de que una persona calcule mal y se frustre con respecto a sus expectativas -anhela el bienestar físico, la alegría; eso es lo que -inconscientemente- espera de la vida: la felicidad- es, según la tradición, una consecuencia del pecado original. El hecho de que él mismo no haya tenido el éxito que imaginaba; de que los demás le decepcionen; de que este mundo y esta vida no sean lo que deberían o podrían ser, siempre ha estado vinculado al pecado original. En el mismo momento en que tenemos que lidiar con estas decepciones, sentimos inmediatamente los efectos del pecado (original). Esa es una.

Hay más: el hecho de que todos nosotros no podamos hacer frente a este error de cálculo si no es con un gran esfuerzo es en sí mismo una consecuencia del pecado original: no sólo la frustración, sino también la incapacidad de hacer frente a ella es la secuela, el resultado del pecado original. El hombre pecador original tiende a la inercia, a la agresividad o al neuroticismo; el sacrificio y la paz interior, si los hay, se basan en la victoria de la pecaminosidad original en él. El ascetismo se encuentra precisamente en la transición de la inercia (inmovilismo), la agresividad (molestia y protesta), la neurosis (dolor reprimido, no conquistado) al sacrificio.

Aparte de las consecuencias, ¿también experimentamos la culpa de la propia herencia? Tal vez lo hagamos. El texto de la hermana citada anteriormente atribuye al convento en algún momento el hecho de “no poder seguir el ritmo del grupo”. Por supuesto, hay un elemento de verdad en esta afirmación. Pero, ¿qué mujer de convento no sabe que “no poder seguir el ritmo” del grupo también es duro fuera del convento? ¿En el matrimonio y en la familia, por ejemplo? ¿O en cualquier trabajo? Todos tenemos

una tendencia ingenua a atribuir las frustraciones a causas o culpables inmediatamente evidentes, y esta tendencia se basa en parte en los hechos; pero en última instancia hay una causa o un fallo más profundo. Así lo demuestra la pregunta espontánea que se plantea una y otra vez alguien que experimenta la decepción en toda su amargura. Resuena en nuestro interior en forma de la siguiente frase: “¿De dónde he sacado eso? Un breve análisis lingüístico revela dos elementos:

(1) todos tenemos la impresión de que merecemos la frustración “en alguna parte”; la culpa acompaña al dolor y a la soledad de la frustración;

(2) sin embargo, en ninguna parte de nuestra vida podemos señalar la causa y la culpabilidad completas: que nos lo merecemos en alguna parte, sí, pero ¿dónde?

Esto va muy en paralelo con la distinción entre pecados personales y pecado original: nuestros pecados personales están parcialmente incluidos, pero “en algún lugar” hay otra culpa. La desproporción entre la frustración y la culpa consciente es tan evidente que nos preguntamos: “¿Dónde” he ganado “eso”? Este desequilibrio es especialmente pronunciado cuando se ven afectadas personas sin capacidad de pecado personal: se piensa en un niño que cae enfermo, por ejemplo; pero fundamentalmente está presente en todas partes. De ahí la natural protesta contra la aparente iniquidad que domina esta tierra y esta vida. La antigua doctrina que, además de la culpa personal, expone “en algún lugar” de las profundidades inconscientes del alma otra culpa “heredada”, parece ser la única salida en este caso. Significa una especie de alivio para nosotros, para nuestro prójimo, al que ya no acusamos tan precipitadamente si tenemos clara la doctrina de su culpa hereditaria, que también está presente en nosotros.

La misericordia al juzgar y condenar es el resultado de la conciencia de la solidaridad de todos con respecto al pecado original.

La constatación de que todo ser humano, incluso el recién nacido, ha sembrado “en Adán” a través del pecado original y lo que está cosechando ahora en el pecado original y sus consecuencias, es la conciencia del juicio de Dios, que está preparado para nosotros desde el pasado lejano, y es un modelo de ese mismo juicio de Dios sobre el presente y el futuro: sembramos ahora, lo que cosecharemos después. Toda la historia de la salvación muestra aquí su lógica central, su coherencia básica. El Concilio de Trento formuló, consciente o inconscientemente, el juicio de Dios que nos afecta desde el pasado profundo, al formular la doctrina del pecado original como lo hizo: “todos hemos pecado en Adán”.

Quien interpreta esta enseñanza conciliar, quien protesta contra ella, interpreta, protesta contra, liquida la estructura misma del juicio de Dios, que a su vez constituye la estructura de la historia consagrada o salvífica. Es decir, quien toca un elemento o una subestructura, toca toda la coherencia, y esto domina toda nuestra dogmática.